

EL REFRANERO Y EL QUE NO VENDE SU ALMA A LA USURA

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

«Parte lo que ovieres con tu gente lazerada, que tñ llevarás la honra, que vale ración doblada.» (Libro de Alexandre, de Juan Lorenzo de Segura de Astorga.)

«Estas dos cosas quería que fincasen en mí: el nombre e la sepultura.» (El Victorial. Crónica de don Pero Niño, conde de Buelna, por su alferez Gutierre Díez de Games, Capítulo IV que habla de Julio César, el último de los cuatro príncipes mayores en el mundo.)

«Un refranero es un tesoro, y si los aforismos viven una semana, los refraneros viven cientos de años.» Así nos dijo un día el caviloso. ¿Por qué?

Hemos pretendido alguna vez acuñar sentencias en metal noble. Meter un volumen en un capítulo, un capítulo en una página, una página en un período, un período en una frase. ¿Qué escritor no lo intenta? Pero recatamos hasta ahora esas sentencias de asentimientos prematuros de los que es pertinente desconfiar. Nadie imagine que esas reflexiones que hemos incubado en la clandestinidad sean del linaje de adagios. Un refranero es caudal allegado en la escuela del mundo y nace de las nupcias de la prudencia con el recelo. El saber, en su sentido originario, es sabor y hay una manera salomónica de declarar que hasta las libaciones en la copa regia o en el campo de plumas con la «adolescentula speciosa» traen al paladar un regusto a ceniza. El griego llama a las instrucciones del hijo de David «parabolai» (semejanza) y los treinta ponen «paremia» (adagio). La Iglesia, por boca de San Jerónimo, subraya la orinidez golosa de la sabiduría. «Es sabio, enseña, aquél que se saborea en Dios y a quien Dios es sabroso y a quien cada cosa le sabe como ella es en sí misma». El refranero, pues, junta saber y sabor y nos entrega cordura y más de una vez ríe a socapa, soslayando el consejo, y nos entrega malicia.

Hemos llamado nosotros al refrán romance sin alas. Si el romance —aludimos al rimado— es señorío a la jineta, el refrán va cautamente a pie. Tendemos nosotros a romancear, no a arrefranar nuestra sentencia, y cuidamos de prenderle una errabundez de copla y hasta de empenacharle un poco como la divisa de un escudo. Nunca en nuestra pequeñez clamaremos como Salomón en su poderío «Mía es la justicia, mía la prudencia, mía la fortaleza». ¿Qué habrá que sea nuestro? Pero sí decimos como él: «El que guarda dentro el párvulo, venga a mí». Sencillez: eso se busca; sencillez, ausencia de vulgaridad, y si hay algo que se implora rendidamente para escribir, es boca de niño no ajada por lugares comunes. Cuando nos resolvemos secretamente a condensar experiencia, no pensamos ni en Timoneda ni en Mal Lara, ni en el comendador Hernán Núñez, ni en Santa Cruz, ni en los trescientos apotegmas del muy vivido y muy trabajado Juan Rufo. ¿Que éste fué quien echó al aire, como el cardo en su aspereza, ese prodigio de levedad que es el vilano, la copla?

*La vida es largo morir
y el morir fin de la muerte;
procura morir de suerte
que comiences a vivir.*

Si; pero la mano de Rufo, luego de soltar la copla, no la tocó y por eso ella vuela aún. Vemos en cambio en el Victorial de Caballeros o Crónica particular de don Pero Niño que don Gutierre Díez de Games relata un pasaje que nos corrobora el saber de que vivir es guerrear. «Pónense a todos los trabajos, tragan muchos miedos, pasan por muchos peligros, abenturan sus vidas a morir o a vivir. Pan mohoso o vizcocho, biandas mal adovadas; a oras tienen, a oras non nada. Poco vino o non ninguno. Agua de charca o de odres. Las cotas vestidas, cargadas de fierro, los enemigos al ojo. Malas posadas, peores camas, la casa de trapos o de fojarasca, mal sueño «Guarda allá— ¿quién anda ahí?: Armas, armas. Al primer sueño, rebatos; al alba, trompetas. Cabalgar, cabalgar.»

Pero quien redacta su fatiga, sosiega. Ha aprendido el hombre en campaña a proverbial de noche los afanes del día, y por el día los de la noche. Al juego en que ahora se ejercitan algunos se ha jugado en Castilla en el siglo xv, no con menos destreza que a las cañas o a la pelota. Aleguemos estos precedentes a quien no es ni el «penseur», ni el «penseroso», ni el pensativo, sino simplemente el caviloso, y nos recuerda que un refranero, pese a quien pese, es un tesoro.

Hemos temido siempre que nos sea imputable la originalidad aun en sus grados más tenues. Aspiramos al meditar a parecernos a nuestros mayores, y en cuanto al estilo, lo ganamos, como el pan, con el sudor de la frente. El estilo, por otra parte, si no es claridad es un juguete que no vale un ochavo.

Como Ayox, el de Salamina, hay que combatir y hasta caer a la hora radiante de las doce. Nadie olvide, empero, que la claridad que amamos no es la que deslumbra, sino la que alumbra, y que no es deseable que la verdad, como dice el pueblo, brille. Ha habido siempre y habrá, como hasta ahora, imposturas que se tejen con luz. El caos de las ideas claras no es menos caos que otro cualquiera. ¿Que en ninguna de nuestras sentencias acertaremos a decir algo que valga lo que un refrán latino «non multa, sed multum», o un refrán castellano «donde menos se piensa salta la liebre»? Así es ciertamente, pero no confundir la claridad con la evidencia nos basta. En las cincuenta compilaciones de refranes se recoge aquél según el cual «Abájense los adarves y suben los muladares». En el «Libro de Proverbios Morales», un diamante —según Lope— que Alonso de Barros dedicó al reverendísimo señor don García de Loayso Girón, arzobispo de Toledo, se lee que no hay más bebedora esponja que la sed del usurero. ¡Bah...! La usura es vieja como el diablo, pero no le vendemos el alma... Con hambre o con sed, o con rebatos al alba; cabalgar es mejor.